

## Caín de José Saramago: la intrínseca veleidad del poder

---

Paula Arigón

(Consejo de Educación Secundaria, Uruguay)<sup>1</sup>

**Resumen:** En el siguiente trabajo se pretende articular la obra de José Saramago con teorías y críticas posmodernas y de reflexión sobre los efectos del poder, específicamente desde la perspectiva de Michel Foucault, para analizar y develar los mecanismos que el poder aplica a lo largo del relato saramagiano. Para ello, es imprescindible el apoyo, no solo en la obra, sino también, en ensayos y artículos con foco exclusivo en la misma. La figura de Caín, tanto la bíblica como la creada por el autor, se convierte en la columna vertebral de este análisis; es a través de los ojos de este personaje que se visualiza el cuestionamiento del poder ejercido por parte de la figura todopoderosa del relato. Se pretende tomar la posición de Caín, y desde allí, desarrollar y reflexionar sobre las implicancias del poder.

**Palabras claves:** Poder, Caín, Saramago, Institucionalidad, Dios.

**Abstract:** The following article aims to articulate the work of José Saramago with post-modern theories and critiques and ponder on the effects of power, specifically from the perspective of Michel Foucault, to analyze and unveil the mechanisms that power applies throughout the Saramagian story. For this, it is essential to seek support, not only in the literary work, but also in essays and articles with an exclusive focus on it. The figure of Cain, both biblical and created by the author, becomes the backbone of this analysis; it is through the eyes of this character that the questioning of the power exercised by the all-powerful figure of the story is visualized. It is intended to take the stance of Cain, and from there, develop and reflect on the implications of power.

**Keywords:** Power, Cain, Saramago, Institutionalality, God.

*Recibido:* 5 de marzo. *Aceptado:* 12 de mayo.

---

1. Egresada del Instituto de Profesores “Artigas” en el año 2022 de la carrera Literatura. Profesora de Literatura en ejercicio desde el año 2023 en la ciudad de Montevideo, Uruguay por la Administración Nacional de Educación Pública y la Dirección General de Educación Secundaria.

*Y con todo eso, me envanezco de mi humillación,  
y pues a tal privilegio estoy condenado,  
casi gozo de aborrecida salvación:  
soy, creo, a memoria de hombre,  
el único ser de nuestra especie que ha hecho naufragio en una nave desierta.*

Umberto Eco

*La obra realizada siempre es mayor que su autor.  
De hecho, creo que somos menos que aquellos que hacemos,  
y eso es otra forma de grandeza: ser capaces de ser menos que aquello que se hace.*

José Saramago

## **Introducción: la causa**

José Saramago, en diferentes ocasiones, ha trabajado los conceptos del poder en la institución religiosa y en el relato bíblico, en obras como *El memorial del convento* y *El evangelio según Jesucristo*, esta última le valió el rechazo de los diferentes espacios religiosos de Portugal. En *Caín*, última obra en la que retoma el mismo tono de las obras anteriormente nombradas, el lector se encuentra con un discurso y una reflexión del relato extremadamente directo, altamente irónico y que incluso se atreve a poner en duda las incuestionables decisiones de la divinidad. En el centro de un relato, que se mueve entre la fuente bíblica y lo creado pura y exclusivamente para esta narración, se observa el constante manejo del concepto de poder y sus diferentes facetas, algunas más complejas, otras más infantiles y caprichosas; pero ninguna menos implacable y horrorosa que la otra. Con respecto a este último punto, Foucault (2006) explica que “a partir del siglo XV [...] se puede decir que ha habido una verdadera explosión del arte de gobernar a los hombres, [...] en dos sentidos. En primer lugar, desplazamiento con respecto a su foco religioso [...]. Y luego, [...], [la] desmultiplicación de este arte de gobernar en unos dominios variados” (6-7). Sin embargo, *Caín*, no solo se muestra como obra que toma parte de estas dos formas de gobernar a los hombres, sino que, a la misma vez, denuncia que los mecanismos de gubernamentalización de las instituciones religiosas operan a niveles aún más sutiles de las asumidas por el hombre común. Esta sutileza es aniquilada por el narrador omnisciente, de a ratos transformado en crítico cínico e irónico, y es en ese momento en que el lector se enfrenta a dos posibilidades: o se alía al uso desmesurado e injustificable del poder, o realiza el camino crítico de Caín y, como él, le muestra en la cara todas las veleidades que ha cometido. Para realizar la segunda vía se necesita tomar la decisión de no ser gobernado por el poder, de esta manera Foucault (2006) dice “¿cómo no ser gobernado?”. [...] podríamos situar aquí lo que llamaríamos la actitud

crítica. Enfrente y como contrapartida, o más bien como compañero y adversario a la vez de las artes de gobernar, [...] de encontrarles una justa medida” (8). La actitud crítica es desencadenada en *Caín* por el asesinato de Abel a manos de su hermano. Saramago (2009):

Qué has hecho con tu hermano, preguntó, y caín respondió con otra pregunta, Soy yo acaso el guardaespaldas de mi hermano, Lo has matado, Así es, pero el primer culpable eres tú, yo habría dado mi vida por su vida si tú no hubieses destruido la mía, Quise ponerte a prueba, Y quién eres para poner a prueba lo que tú mismo has creado, Soy el dueño soberano de todas las cosas, Y de todos los seres, dirás, pero no de mi persona ni de mi libertad, Libertad para matar, Como tú fuiste libre para dejar que matara a Abel cuando estaba en tus manos evitarlo, hubiera bastado que durante un momento abandonaras la soberbia [...], hubiera bastado que por un momento fueses de verdad misericordioso, que aceptases mi ofrenda con humildad, simplemente porque no deberías rechazarla, porque los dioses, y tú como todos los otros, tenéis deberes para con aquellos a quienes decís que habéis creado.<sup>2</sup> (*Caín* 39-40)

El enfrentamiento directo (no olvidemos la presencia física de la divinidad) que ambas figuras principales sostienen en este fragmento es la piedra angular del desarrollo de la actitud crítica a lo largo de la obra. Si se mantiene la línea de Foucault (2006) la actitud crítica precisa de otra cosa opuesta a ella misma (5), es decir, distinta. En resonancia, el volumen de las respuestas de Caín y la recriminación que le realiza a Dios por no ser omnipresente se encuentra igualado con la humillación y posterior castigo que cae sobre Caín por rebelarse: deberá errar por la tierra portando la marca divina en la frente, “ésta es la señal de tu condenación, añadió el señor, pero es también la señal de que estarás toda la vida bajo mi protección y bajo mi censura” (*Caín* 41). Ahora bien, es cuestionable el tipo de protección que se le brinda a Caín, a lo largo de su viaje a través del tiempo ¿qué protección le otorga la divinidad?, en realidad, y visto en perspectiva, es esta protección la que termina por condenar aún más al personaje; a la marca de la carne, visible a todos los ojos, se le suma, ahora, el castigo de la soledad. Caín erra solo por la tierra y ni siquiera su verdugo lo acompaña por el camino. Es de esta manera que el castigo individual de Caín tiene la particularidad de compartir, en una misma singularidad (Dios), quien sentencia el castigo, la figura del amo y el verdugo, interesante trinidad contrapuesta a la Santísima Trinidad (Padre, Hijo y Espíritu Santo). Si bien el castigo que se le aplica a Caín no es el enfrentamiento físico que Foucault (2002), en *Vigilar y Castigar*, comenta, puede identificarse que se da paso al *in crescendo* de “la tiranía, el

---

2. Las citas textuales de la obra analizada respetan la estilística del escritor. Las mayúsculas o la carencia de ellas en los nombres propios y la no identificación del diálogo es característica de la escritura de las obras de José Saramago. Se respeta la forma y estructura para no entorpecer la lectura con el uso excesivo que supondría la aclaración [sic] luego de cada irregularidad en el texto. No es un error de quien realiza este trabajo.

exceso, la sed de desquite y el «cruel placer de castigar» (77). En la obra se dan excesos por parte del poder que cada vez resultan más difíciles de justificar.

De esta manera, Caín comienza su peregrinaje a través del tiempo, cuyo ritmo está marcado por los sucesos clave del relato bíblico del Antiguo Testamento: la tierra de Nod, la historia de Abraham e Isaac, la Torre de Babel, la historia de Lot, Sodoma y Gomorra, Moisés y la escritura de los Diez mandamientos en el Monte Sinaí, la derrota de Jericó por parte del ejército de Josué, la historia de Enoc, la tierra de Uz, la historia de Job, el arca de Noé. A partir de la experiencia que obtiene en cada una de estas historias, Caín realiza un ejercicio de actitud crítica que se complejiza a medida que viaja.

### Lenguaje y poder

En la tierra de Nod, si bien no hay un acto desmedido de poder por parte de la divinidad, tiene lugar la reflexión sobre un elemento esencial de la creación y de la manera en que la obra se desenvuelve: el lenguaje. El lenguaje, y especialmente el lenguaje en relación al poder, es el medio por el cual los mecanismos de éste se legitiman; en otras palabras, es el canal que utiliza la divinidad para imponer su voluntad por sobre todas las criaturas de la creación. En un momento de la narración puede leerse la respuesta de Caín ante la generosidad del vigilante de la construcción del Palacio de Lilith “No hay duda de que eres un buen samaritano, dijo caín, Samaritano, preguntó el vigilante intrigado, qué es eso, No lo sé, me salió de repente, sin pensar, no sé lo que significa” (Caín 56). El lenguaje se convierte en el instrumento idóneo, no solo eleva a Caín por sobre el resto de los individuos, sino que, a la vez, le permite ubicarse en el lugar justo para hacer frente a la ostentación de poder por parte de la divinidad ya que ésta realiza actos de soberbia y arrogancia por medio del lenguaje. Lyotard (1991) presta atención a los efectos de los actos del habla y con respecto a ellos plantea que cada uno es una jugada, una manera de combatir dentro del juego del lenguaje (18-20), desde esta perspectiva plantea que “La invención continua de giros, de palabras y de sentidos que, en el plano del habla, es lo que hace evolucionar la lengua” (20), evoluciona la lengua, y el individuo que lo aplica obtiene mayor poder sobre el desarrollo de la actitud crítica. Esta lucha, como la define Lyotard, entre el uso y la creación de lenguaje la trabaja Kristeva (1988) cuando pone énfasis en el lenguaje del pueblo hebreo: “La antigüedad hebraica no desarrolló una teoría, y menos aún una ciencia del lenguaje [...]. No obstante, [...]. Nombrar es un acto divino, arbitrario, aunque necesario [sic] («verdadero») y obligatorio para el hombre” (89-90). Esta necesidad de nombrar se torna en necesidad de expresar el sentimiento de agradecimiento por parte de Caín, lo que origina un anacronismo a nivel discursivo; la parábola del buen Samaritano no sucede hasta los tiempos del Nuevo Testamento, entonces, ¿cómo Caín llega a esta palabra? Aquí reconocemos el guiño al

lector. Las estrategias narrativas de José Saramago están íntimamente ligadas a un juego específico con el lenguaje, un ir y venir entre las fuentes bíblicas, el relato ficcional de la obra y el tono irónico en el cual se encuentra enunciada. En esta estrategia narrativa confluyen los juegos de los actos del habla que Saramago pone en movimiento en los diferentes personajes y el narrador omnisciente de la obra, que, a su vez, se ven empapados de un agudo conocimiento de los relatos que se manejan. El resultado de la intersección de estos elementos es un uso del lenguaje ajeno al de los personajes, dando lugar a situaciones como la anteriormente citada, o a otras en las cuales el narrador se pregunta si realmente el lenguaje estaría tan desarrollado en el comienzo de la civilización. Por ejemplo, la siguiente puntualización, cuando el narrador justifica:

atendamos la pertinentísima observación de algunos lectores vigilantes, [...], que consideran que el diálogo que acabamos de registrar como sucedió no es histórica ni culturalmente posible, que un labrador [...] y un viejo del que no se conoce oficio ni beneficio nunca podrían pensar y hablar así. Tienen razón esos lectores, aunque la cuestión no estriba tanto en disponer o no disponer de ideas y vocabulario suficiente para expresarlas, sino en nuestra propia capacidad para admitir, aunque no sea nada más que por simple empatía humana y generosidad intelectual, que un campesino de las primeras eras del mundo y un viejo con dos ovejas [...], simplemente con su limitado saber y un lenguaje que todavía estaba dando los primeros pasos, se vean impelidos, por la necesidad de probar maneras de expresar premoniciones e intuiciones aparentemente fuera de su alcance. Que ellos no dijeron esas palabras es más que obvio, pero las dudas, las sospechas, [...] en la argumentación estaban ahí. Lo que hemos hecho es, [...] pasar [...] el doble [...] [e] irresoluble misterio del lenguaje y del pensamiento de aquel tiempo. (*Caín* 51-52)

Así, los juegos del lenguaje tienen como fin establecer el pacto ficcional con el lector. Pacto ficcional que se construye desde lo discursivo y desde las propiedades lingüísticas; el lector debe ser, como pide el narrador, generoso intelectualmente para que la historia relatada cumpla con la verosimilitud necesaria. José Saramago es uno de los escasos pero maravillosos casos en los cuales el lenguaje y el uso específico de la palabra es perseguido por el autor. Lo que puede parecer mero descuido o logro léxico inintencionado es, en realidad, un trabajo profundamente lingüístico. Armando Baptista-Bastos (2011) explica que la lectura de los textos saramagianos repara

en la construcción sintáctica de la frase, en el lanzamiento de la locución adverbial y en las aliteraciones [...]; atiéndase a la hábil utilización de los verbos y la supresión, por frecuentemente inútil, de los adjetivos [...]; anótese el contorno definidísimo de los personajes, la minuciosa organización de los caracteres, la riqueza de los pormenores indispensables al desarrollo de los cuadros y de las situaciones [...]. un proyecto (un empeño) que se ahonda en una originalidad constantemente buscada. (79)

A su vez, permite aplicar y confirmar la capacidad de legitimación del lenguaje, porque, en palabras de Lyotard (1991) “la legitimación es el proceso por el cual un «legislador» que se ocupa del discurso [...] está autorizado a prescribir las condiciones convenientes [...] para que un enunciado forme parte de ese discurso, y pueda ser tenido en cuenta por la comunidad” (16). La divinidad, en el caso de *Caín*, toma el lugar del “legislador”, uno que crea y modifica los enunciados de modo que lo beneficien y lo eximan de toda responsabilidad (aunque no siempre pueda deshacerse de ello con facilidad). El lenguaje es el medio creador, por lo tanto, el lenguaje es el medio por el cual el poder será detentado, atravesando las diferentes historias, sin que Dios sepa que, cada falta realizada por las intrínsecas veleidades de su poder, son observadas y juzgadas por Caín. Este velo, u olvido, sobre la existencia de Caín le permite mayor libertad a la hora de salirse de la manera gobernar que se impone en la obra: la adoración y comprobación de ésta por medio de la prueba de fe; en consecuencia, es libre de cuestionar y reflexionar sobre otras maneras de interpretar aquello que se ofreció unilateralmente al principio. Para reflexionar y desvelar los mecanismos del poder se prestará especial atención a la historia de la Torre de Babel, lo acontecido en Sodoma y Gomorra, el encuentro con el pueblo hebreo a los pies del Monte Sinaí, la historia de Job y la historia de Noé y el diluvio.

### **Las muchas caras del poder**

Al comenzar su peregrinación Caín experimenta cambios temporales que se evidencian como cambios paisajísticos a lo largo del camino. En el capítulo 6, luego de su encuentro con Abraham e Isaac, se puede leer “Estaba en medio de un paisaje diferente, con algunos árboles raquíticos aquí y allá y tan seco [...], aunque seco de arena, no de cardos. Otro presente, dijo. Le pareció que éste debía de ser más antiguo que el anterior, [...], lo que demostraba que tanto podía avanzar como retroceder en el tiempo” (*Caín* 93), este ir y venir en el tiempo escapa de la voluntad y deseo de Caín, transformándolo en una especie de naufrago en la temporalidad y espacialidad de la creación; esta modificación al relato bíblico de este personaje maximiza el efecto del castigo divino: errar la tierra sin que ningún daño caiga sobre él. Caín no solo hará un viaje por su tiempo, sino que será testigo de otros tiempos, de otras historias, y de otras ostentaciones del poder divino. En este caso, Caín llega al origen de todas las lenguas. Saramago (2009) “A lo lejos, [...], a la vera misma del horizonte, se distinguía una torre altísima con la forma de un cono truncado [...]. La distancia era grande, pero a Caín, que tenía excelente vista, le pareció que había gente movilizándose alrededor del edificio” (*Caín* 94). Ese cono truncado era la Torre de Babel; construida como alabanza a la divinidad y vía para el hombre para llegar al reino de los cielos. Frente a la curiosidad e intriga al ver a tanta gente corriendo como “locos de desesperación” (*Caín* 94), el viajero encuentra a otro como él:

Qué guirigay es este, preguntó caín, y el hombre le respondió, Cuando vinimos de oriente para asentarnos aquí, hablábamos todos la misma lengua, Y cómo se llamaba, quiso saber caín, Como era la única que había no necesitaba tener un nombre, era la lengua, nada más, Qué sucedió después, A alguien se le ocurrió hacer ladrillos y cocerlos al horno, [...], Y luego, Luego decidimos construir una ciudad con una gran torre, esa que ves ahí, una torre que llegase al cielo, Para qué, preguntó caín, Para hacernos famosos, Y qué sucedió, [...] el señor vino a inspeccionar y no le gustó, Llegar al cielo es el deseo de todo hombre justo, el señor incluso debería de haber echado una mano en la obra. (Caín 95)

Es importante ir paso a paso a partir de este punto, no solo por la longitud de los episodios, sino porque se comienza a ver, menos sutilmente que al comienzo, la unión del abuso del poder con la necesidad de castigo del cual habla Foucault. Caín remarca que el deseo de todo hombre “justo” es llegar al cielo, y, por lo tanto, según este pensamiento la construcción de la Torre es justificada y válida, pero, dentro de las frágiles estructuras de las instituciones del poder, el permitir que el hombre se convierta en el hacedor de algo tan grandioso y magnífico es permitirle rozar el concepto de divino. Si el hombre llega al cielo ¿Qué asegura que no desplace a la divinidad y se invista con sus derechos y poderes? La institución del poder no puede permitir que se ponga en duda la estabilidad de su influencia y alcance; si un grupo de individuos logra su cometido, los pilares que lo sostienen se derrumbarán. Y para ello, basta con una sola persona, la cual, para beneficio o maldición, ha sido olvidada de la historia: Caín. El castigo, frente a la amenaza de pérdida de legitimidad, es comparable a un capricho: confunde las lenguas, censura la comunicación entre los hombres y en consecuencia la Torre no llega a finalizarse. Saramago (2009) “Probablemente ni ruinas habrá, hay por ahí quien le ha oído decir al señor que cuando ya no estemos aquí mandará un gran viento para destruirla, y lo que el señor dice, lo hace” (Caín 96), la eliminación total de la evidencia es producto de los celos, sí, pero especialmente para dejar establecido el límite de la libertad del hombre. Foucault (2002) diría que “en el peor de los asesinos, una cosa al menos es de respetar cuando se castiga: su «humanidad»” (Vigilar y 78), pero estos individuos no son ni asesinos ni merecedores del patíbulo, no se castiga su humanidad sino la esencia misma del ser humano: la preocupación por la trascendencia. Sin embargo, la figura de poder los considera merecedores del castigo divino; aunque peca de hybris, como si de un niño envidioso del castillo de arena de su hermano menor se tratase. A su vez, el giro crítico del relato es la figura de Caín como verdugo ocular y verbal de la divinidad: “Los celos son su gran defecto, en vez de estar orgulloso de los hijos que tiene, prefiere dejar que lo venza la envidia, está claro que el señor no soporta ver a una persona feliz” (Caín 96). Caín, por lo tanto, y teniendo en cuenta lo que Guadalupe Álvarez (2016) desarrolla en *Lo extralegal como solicitud en Caín de José Saramago. La crítica a los excesos*

en la consecución de poder, es el medio por el cual el poder se encuentra en riesgo, y por ende sus estructuras y mecanismos de funcionamiento. Pero, el riesgo que implica la observación del poder es lo que le otorga verosimilitud al mismo (59). Al final, la figura de Caín no solo es necesaria para la construcción y expresión de la actitud crítica que Foucault plantea necesaria, sino que lo legitima desde otra perspectiva: desde la denuncia de los horrores hechos por y para este poder. El narrador termina por dar la razón a esta última reflexión “Muchos años después se dirá que allí cayó un meteorito, [...] pero no es verdad, fue la torre de babel que el orgullo del señor no permitió que terminásemos” (Caín 97-98).

Por otro lado, y quizás, parte fundamental de las veleidades del poder, se encuentra la actitud de ligero despiste de la divinidad. Característica que a los ojos de su condenado viajero temporal no hace más que engrosar las críticas y reproches hacia el mismo. Cuando Caín llega a las inmediaciones de Sodoma y Gomorra se encuentra con Dios y para no ser reconocido tapa su marca y niega ser el Caín fratricida; la divinidad, sea por despiste o por falta de interés, prosigue en comunicar su objetivo sobre esas tierras, la destrucción de ambas ciudades. Por suerte, el narrador no se priva de una buena cuota de ironía para descontracturar el atroz castigo que pesa sobre la cabeza de los habitantes de Sodoma y Gomorra; “Como el imparcial juez que siempre había presumido ser, aunque no faltasen acciones tuyas que demostraran precisamente lo contrario, decidió venir aquí abajo para poner la cuestión en limpio” (Caín 102). En el ejercicio del castigo de ambas ciudades se introduce una nueva característica de la personalidad de la divinidad: el engaño. La supuesta promesa de otorgar el perdón, a los habitantes de Sodoma y Gomorra si se lograba encontrar a diez inocentes, nunca sucede, es más, la promesa, realizada a Abraham, parece ser un divertimento para el poder; no le importa si hay o no inocentes, el despliegue de ira y de sus habilidades todopoderosas se convierte en una necesidad vital en este punto de la historia. Saramago (2009) “El señor hizo entonces caer azufre y fuego sobre sodoma y gomorra [sic], destruyó ambas ciudades hasta los cimientos, así como toda la región, con todos sus habitantes y vegetación. Se mirase en donde se mirase, sólo se veían ruinas, cenizas y cuerpos carbonizados” (Caín 107). Sin embargo, la innecesaria demostración de su grandeza se ve matizado por cierto sentimiento de remordimiento, incluso de culpa; sabiendo no cumplida la promesa y sobre pena de, nuevamente, otro castigo, prohíbe a la Lot y su familia que miren hacia atrás en su escape de la lluvia mortal. Sin embargo, la mujer de Lot gira su cabeza, presencia la destrucción de su tierra, y se convierte en una estatua de sal, “Hasta hoy nadie ha conseguido comprender por qué fue castigada de esa manera [...]. Es posible que el señor hubiera querido escarmentar la curiosidad como [...] un pecado mortal, pero eso tampoco va en abono de su inteligencia” (Caín 107). En este punto de la historia la divinidad, el poder, comienza a alejarse de su creación. Las acciones despiadadas, los derramamientos de

sangre sin razón y el despliegue de castigos caprichosos, por miedo del cuestionamiento de su poderío y magnificencia como figura divina, terminan por justificar lo que Fonnegra y Marín (2022) concluyen “Dios, se va volviendo un extraño despiadado” (282). Sin dudas, lo que comienza a desarrollarse de ahora en más es la imagen de la divinidad despiadada, cargada de las faltas de sus hijos creados a su imagen y semejanza, que reniega de su inexorable humanidad, y que busca, por todos los medios, dejar en claro su poder inmortal frente a los hijos finitos, consecuencia de su propio capricho. En el artículo *El factor Dios* escrito para la revista *Educere* de Venezuela, José Saramago (2001) escribía sobre las atrocidades del 11 de setiembre en Estados Unidos y las consecuencias que tuvieron para la humanidad justificarlas con el nombre de la divinidad “El horror, escondido como un animal inmundado, esperó a que saliésemos de la estupefacción para saltarnos a la garganta. [...] en nombre de un Dios convertido en asesino por la voluntad y por la acción de los hombres, [...]. Se dirá que un dios se dedicó a sembrar vientos y que otro dios responde ahora con tempestades” (*El factor* 331-332).

Así sucede en otro viaje temporal. Caín cruza caminos con la peregrinación del pueblo hebreo al ser expulsados de Egipto; no es un lugar cualquiera el elegido para el encuentro, Caín llega a los pies del Monte Sinaí en el momento justo en que las tablas de los Diez Mandamientos son escritas. Saramago (2009) “En un instante, [...] se encontró en el desierto del sinai, donde, con gran sorpresa, se vio en medio de una gran multitud de personas acampadas en la falda de un monte” (*Caín*, 109). Lo que llama la atención en este momento del relato saramagiano son dos elementos, en primer lugar el poder ya no toma forma física frente a su creación, aparece velado y bajo la manifestación de los eventos la naturaleza, lo que lleva al pueblo hebreo a dudar de presencia real de la divinidad “está claro que el señor nos ha abandonado, no quiere saber nada más de su pueblo” (*Caín* 110); y, en segundo lugar, tiene lugar la repetición del crimen fratricida: el pueblo hebreo se vuelve contra sí, de la misma manera que Caín se tornó en contra de su hermano motivado por la omisión de Dios. Si la omnipotencia de la divinidad se pone a prueba desde el inicio de la novela, aquí la omnipresencia toma un lugar central en el desarrollo de las atrocidades en nombre del poder, la no visualización de la divinidad como otro ser humano más (si se respeta la condición del hombre de haber sido creado a imagen y semejanza del Dios), pone en discusión la factibilidad de su existencia, por lo tanto, se cuestiona la tarea de Moisés, su diálogo con el poder y su rol como líder; en pocas palabras, como representante de ese poder entre el pueblo hebreo. Tal es la fragilidad de la condición divina. Saramago (2009) “Anda [a Aaron], haznos un dios que nos guíe, porque no sabemos lo que le ha sucedido a moisés” (*Caín* 110), se relata, así, el nacimiento del becerro de oro con las alhajas de oro de las mujeres hebreas. El pueblo festeja y venera a la nueva divinidad, “Mañana habrá fiesta en honor del señor” (*Caín* 110), y así, por un momento, la divinidad original (Dios crea-

dor) es desplazada, tan fácilmente, por la figura de un becerro. La animalización de la divinidad tira por el suelo el mito creador, ya no hay creación a imagen y semejanza. Mientras, Caín observa, bajo otro nombre y sin decir de dónde viene y hacia dónde va, el desenlace de tamaño atrevimiento. Al volver Moisés del Monte Sinaí y ver al pueblo hebreo adorando otra figura

echó mano al becerro, lo partió, lo redujo a polvo y volviéndose a aaron le preguntó, Qué te ha hecho este pueblo para dejarlo cometer un pecado tan grande, [...], la idea fue de ellos, querían otro dios porque ya no creían que tú regresarías [...]. Oyendo esto moisés, se puso a la entrada del campamento y gritó, Quien esté con el señor que se una a mí. [...] He aquí lo que dice el señor, dios de Israel, Tome cada uno una espada, regrese al campamento y vaya de puerta en puerta matando al hermano, al amigo o al vecino. (*Caín* 111-112)

La matanza en nombre de la divinidad (sin importar su nombre) comienza a justificar el accionar de los hombres, pero, al contrario de lo esperado, esta manera de proceder termina otorgando más poder al poder. Saramago (2005) “Dios como pretexto para el odio, Dios como agente de desunión. Pero de esta evidencia palmaria no se osa hablar con ninguno de los múltiples análisis de la cuestión, tanto si son de tipo político, económico, sociológico” (*Dios como 2*), y es en este punto del relato, cuando el poder impone su estatuto y canon, cuando corta lazos con su creación y se muestra inalcanzable y comienza a mostrarse indiferente frente a las atrocidades cometidas en su nombre. Así, el poder se muestra en todo su esplendor de institución, y como tal, muy pocos osan cuestionarla. En su lugar, se autoimpone el castigo:

La sangre corría entre las tiendas como una inundación que brotase del interior de la propia tierra, como si ella misma estuviera sangrando, los cuerpos degollados, los vientres abiertos rajados por la mitad yacían por todas partes, los gritos [...] eran tales que debían de llegar a [...], donde el señor se estaría regocijando con su venganza. [...] aquí, en la falda del monte sinaí, quedó patente la prueba irrefutable de la profunda maldad del señor, [...] solo porque le irritaba la invención de un supuesto rival en figura de becerro, Yo [Caín] no hice nada más que matar a un hermano y el señor me castigó, quiero ver quién va a castigar ahora al señor por estas muertes [...], Lucifer sabía bien lo que hacía cuando se rebeló contra dios. (*Caín* 112)

Es curioso que se nombre a Lucifer, no solo por su similitud con Caín, quien se rebela contra la figura de poder, critica y echa en cara a la divinidad sus propios excesos y pecados, sino que, llegando al final de la obra se da lugar a la riquísima escena de la apuesta entre Dios y Lucifer. Y claro, Caín, una vez más, parte central de la historia, experimenta de primera mano las jugarretas que la divinidad le realiza a su siervo fiel: es el turno de Job. Los ángeles que Caín se encuentra en la tierra de Uz le cuentan sobre la reunión de los seres celestes, “y también estaba presente satán, y

dios le preguntó, [...] te fijaste en mi siervo job, no hay otro como él [...] Satán, [...] le preguntó a dios, Crees que sus sentimientos son desinteresados, [...]. Prueba a levantar una mano contra lo que es suyo y verás si él no te maldice” (*Caín* 147). El furor del poder llega en este capítulo al clímax del abuso y el juego de la divinidad a su mejor momento. Dios se distancia por completo de su creación y da lugar al desarrollo de un juego de tensiones para probar quién le impone una desgracia más intolerable al sujeto elegido. La desaparición de las riquezas, del ganado, la muerte de sus hijos e hijas, la vida en la absoluta miseria y la jugarreta final, casi como la manifestación de la gran carcajada de diversión del poder, el cuerpo lleno de llagas que nunca curan. Sin embargo, Job nunca expresa su indignación y resentimiento hacia la figura de poder, aunque cuenta con su contrapartida reflejada en su esposa. La mujer de Job funciona como médium “que el señor aparezca ahora como su competidor [de Satán] es algo que nunca se me había pasado por la cabeza, [...] Siempre he oído decir a los antiguos que las mañas del diablo nada pueden contra la voluntad de dios” (*Caín* 153). Hay una completa eliminación del reconocimiento de la alteridad por parte de la institución del poder, pero, sin esa alteridad el poder no puede sostenerse. Sería innecesaria la existencia del mismo. Por esta línea van Fonnegra y Marín (2022) al señalar, desde el punto de vista antropológico, que la obra de Saramago ayuda a señalar la otredad, ya que es algo que se desarrolla a lo largo de su narrativa; de esta manera “hay que mirar con otros ojos al Dios que conocemos, porque en realidad nunca lo hemos conocido tal y como es, es un ser despiadado, mientras que aquellos otros, condenados y satanizados, [...], son quizá los representantes más dignos de nuestra propia humanidad” (282). En el caso de *Caín* el representante digno de nuestra humanidad es el mismismo Caín; se hace a un lado, observa, juzga, se reusa a someterse a la manera de gobernar de la divinidad y se aboca a construir una actitud crítica desde la experiencia. Pero Caín es, además, el tipo de rebelde que actúa frente a las injusticias del poder institucionalizado.

Caín llega al final de su viaje al encontrarse con Noé y el desenlace del diluvio. Sobre Noé y su familia Caín desata su enojo y rencor, frustra los planes de la divinidad y le arrebató, por una vez, el poder; a la vez que le devuelve el desamparo, la soledad y las injusticias por las cuales lo hizo caminar. Saramago (2009)

Y ahora, clamaba noé tirándose del pelo en la más absoluta desesperación, todo está perdido, sin mujeres que fecunden no habrá vida ni humanidad, más nos hubiera valido contentarnos con la que teníamos, que ya la conocíamos, [...], qué he de hacer yo, [...], Tírate desde aquí, dijo caín, ningún ángel vendrá a recogerte en sus brazos. [...] Fuiste tú, afirmó, Sí, fui yo, respondió caín, pero a ti no te tocaré, morirás por tus propias manos, Y dios, [...] Vete tranquilo, de dios me encargo yo. (*Caín* 188)

El castigo al poder viene de la mano de Caín, exactamente igual de vertical, despiadado y horroroso; al asesinar al último vestigio de creación, Caín toma venganza por los inocentes de Sodoma y Gomorra, por las apuestas sobre la cabeza de Job, por el asesinato del pueblo hebreo a manos de sus propios hermanos, por el castigo injusto a los hombres que aspiraban a construir grandeza y belleza. En su imagen se encierra toda la humanidad, pero en especial todo su dolor. Más allá de su crimen, Caín, nos representa como pueblo que sigue errando por la tierra en busca del lugar donde realmente pertenecer, huyendo de figuras, divinidades y poderes que apuestan sobre nuestras cabezas el castigo más sádico. Cuando la divinidad se da cuenta de las acciones de Caín, desesperado, pregunta “Dónde está noé y los suyos, [...] Por ahí, muertos, [...], Muertos, cómo muertos, por qué, [...] Cómo te atreves, asesino, a contrariar mi proyecto, así me agradeces el haberte salvado [...] cuando mataste a Abel” (*Caín* 188-189), y Caín, viendo su revancha conseguida responde

El día en que alguien te colocara ante tu verdadero rostro tenía que llegar, Entonces la nueva humanidad que yo había anunciado, Hubo una, no habrá otra, y nadie la echará de menos, Caín eres, el malvado, el infame asesino [...], No tan malvado e infame como tú, acuérdate de los niños de sodoma. Hubo un gran silencio. Después dijo caín, Ahora ya puedes matarme, No puedo, la palabra de dios no tiene vuelta atrás, [...]. La respuesta de dios no llegó a ser oída, también se perdió lo que dijo caín, [...] aunque la única cosa que se sabe a ciencia cierta es que siguieron discutiendo y que discutiendo están todavía. (*Caín*, 189)

Al final, la creación termina siendo el juez, el sentenciador y el verdugo de la divinidad. El poder es deslegitimado al caer en su propio juego, sus palabras no pueden ser deshechas y aquellos a quienes una vez controló se han puesto en su contra, pero usando mecanismos opuestos a los establecidos desde la institución. Esto va en correlación con el objetivo del proyecto narrativo de las obras de José Saramago: la dignidad de sus personajes. Laura Restrepo (2016) utiliza este término para englobar a toda la “comunidad de personajes en la obra de Saramago, es “una tribu de gente digna. Los actos humanos [...] adquieren dignidad y grandeza porque recuperan sentido, y es justamente esta recuperación lo que le permite a Saramago juntar las piezas del rompecabezas disperso. [...] como si escribiera con la convicción de que [...] la historia de cada uno de los hombres es la historia de todos los hombres” (27).

Transformado, al final de la historia, en el padre de la nueva humanidad y en una especie de “Judío Errante”, Caín cumple con lo establecido al comienzo de este trabajo, cambia la mirada sobre el proceder de la figura que ostenta el poder y logra dar vuelta el mecanismo del castigo y de la condena. La historia de este personaje es, en pocas palabras, la historia de la humanidad entera, divinidad de por medio o no, el proceso de

reflexión crítica que el personaje experimenta es el de todos los pueblos cuando alcanzan los puntos de quiebre de su desarrollo como sociedades dignas. La reinterpretación de aquello que se da como legítimo y único requiere la destrucción de lo establecido y aceptado hasta el momento. Por lo tanto, la construcción de otra visión requiere del valor, humano, de pasar por desiertos de temporalidad y espacialidad a lomo de burro, al igual que Caín, para ser testigos de innumerables atrocidades y lograr ver el otro lado de todo lo establecido como verdad absoluta. La historia de los hombres y mujeres es el constante ir y venir, una relación pujante por territorio, entre los poderes que rigen el mundo y los espacios que permiten la libertad de ver otras maneras de ser, otras maneras de gobernar y otras maneras de caminar. Pero el final de esta historia no es cerrado, vendrán, otros Caín, otras Sodoma y Gomorra, otros diluvios y otras divinidades.

### **Bibliografía citada**

- Álvarez, Guadalupe. "Lo extralegal como solicitud en *Caín* de José Saramago. La crítica a los excesos en la consecución de poder." *Libro de Actas. III Jornadas Internacionales "Descubriendo Culturas en Língua Portuguesa". Mundos e Modos no espaço da Lusofonia*. Compilación de Andrea Fabiana Gambini y Richard Brunel Matias. Facultad de Lenguas, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 2016, pp. 57-62.
- Baptista-Bastos, Armando. *José Saramago un retrato apasionado*. Traducido por Pilar del Río. Capital Intelectual, Buenos Aires, 2011.
- Eco, Umberto. *La isla del día de antes*. Traducido por Helena Lozano. Lumen, Barcelona, 1995.
- Fonnegra, David, y Erick Marín. "Caín, una aproximación antropológica a la novela de Saramago." *Antropología Experimental*, n° 2, 2022, pp. 279-293.
- Foucault, Michel. *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión*. Traducido por Aurelio Garzón del Camino. Siglo XXI, Buenos Aires, 2002.
- . *Sobre la Ilustración*. Traducido por Javier de la Higuera, Eduardo Bello y Antonio Campillo. Tecnos, Madrid, 2006.
- Kristeva, Julia. *El lenguaje, ese desconocido. Introducción a la lingüística*. Traducido por María Antoranz. Fundamentos, Madrid, 1988.
- Lyotard, Jean-François. *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*. Traducido por Mariano Antolín Rato. R.E.I, Buenos Aires, 1991.
- Restrepo, Laura. "Esa cosa que somos. De lo humano en Saramago." *Poligramas*, n° 43, 2016, pp. 23-39.

- Saramago, José. *Caín*. Traducido por Pilar del Río. Alfaguara, Montevideo, 2009.
- . "El factor Dios." *Educere*, vol. 5, n° 15, octubre-diciembre, 2001, pp. 331-332.
- . "Dios como problema." *El País*, 2005. 10 Oct. 2022. [elpais.com/diario/2005/08/01/opinion/1122847208\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2005/08/01/opinion/1122847208_850215.html)
- . *En sus palabras*. Edición y Selección de Fernando Gómez Aguilera. Alfaguara, Buenos Aires, 2010, pp. 163.